Langebaek, Carl. *Conquistadores e indios. La historia no contada*. Colombia: Debate, 2023. 428 páginas.

Wendy Michelle Suárez Cegarra[1]

[1]Estudiante de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana, Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: wendy2233034@correo.uis.edu.co Código **ORCID**: 0009-0006-9665-4659. DOI: https://doi.org/10.18273/revanu.v31n1-202608

La Conquista de América no fue simplemente un hito histórico, sino el inicio de una empresa colonial que transformó radicalmente el continente y sus pueblos. En 1492, impulsado por intereses comerciales y geopolíticos, Cristóbal Colón, junto a una embarcación de un centenar de hombres, emprendió una travesía que, lejos de encontrar una nueva ruta que lo condujere a Asia, desembocó en el sometimiento de civilizaciones milenarias. Aquel «encuentro de mundos» dio paso a una estructura de dominación que impuso nuevas lenguas, religiones y jerarquías, a costa del despojo, esclavitud y violencia. De esta manera, respaldados por los Reyes Católicos, los conquistadores no solo ocuparon territorios, sino que reescribieron la historia desde su perspectiva. Pero ¿qué sucedería si cuestionamos esta versión de los hechos?, ¿cómo cambia nuestra comprensión del pasado (y del presente) al escuchar las voces que fueron silenciadas?

En este sentido, el antropólogo colombiano Carl Henrik Langebaek, profesor titular del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes (Bogotá), ha dedicado gran parte de su trayectoria al estudio riguroso de nuestro pasado. Así pues, sus obras *Los muiscas. La historia milenaria de un pueblo chibcha* (Bogotá: Debate, 2019) y *Antes de Colombia. Los primeros 14.000 años* (Bogotá, Debate: 2021) constituyen una contribución significativa al entendimiento histórico de Colombia. A este corpus se suma su más reciente obra *Conquistadores e Indios. La historia no contada* (Bogotá, Debate: 2023), en la que examina las transformaciones socioculturales que experimentaron las comunidades prehispánicas luego de la llegada de los españoles. El libro ofrece una revisión crítica del relato tradicional de la Conquista, con un enfoque particular en el trópico colombiano, lo cual se aleja de las narrativas más recurrentes centradas en México y Perú. Su estructura, organizada en dieciséis capítulos, acompañados de mapas e imágenes (estos últimos sin numeración explícita) permite una articulación coherente de las ideas y facilita el seguimiento del argumento central.[1]

[1] Después de haberse escrito esta reseña, Carl Langebaek publicó un nuevo libro junto a Camilo Ernesto Uscátegui titulado: *¿Cómo se justifica una invasión? De señores y caciques muiscas a indios tiranos* (Bogotá: Universidad de Los Andes, 2024).

Para comenzar, en *Conquistadores e indios,* Langebaek se propone desmentir tres mitos principales que han sido concebidos sobre la Conquista, los cuales se encuentran esbozados en un primer apartado llamado «Unas palabras previas». El primer mito tiene que ver con que los españoles tuvieron todas las iniciativas mientras que los indios y negros fueron víctimas pasivas, «espectadores» de la crueldad.[2] El segundo alude que «la conquista sólo se puede entender a partir del choque entre valores culturales rígidos, representados por una cultura superior, la española, a la cual le quedaba imposible negociar con culturas supuestamente inferiores».[3] La tercera y última creencia que se desmitifica es que las sociedades indígenas son vistas como «carentes de historia».[4]

Seguidamente, en el capítulo denominado «¿Por qué tanto alboroto?» el autor resalta que aún seis siglos después, la Conquista desata pasiones, bien sea a favor o en contra. Tal suceso no permite concertar un punto medio y mantiene la dicotomía que existe sobre la opinión acerca de los actores.[5] Sin embargo, el autor también sentencia que las narraciones sobre el tema son un medio para ocultar crímenes del presente. Esto lo ejemplifica mencionando países y sus mandatarios donde su gente aún es víctima de circunstancias precarias: «reclaman deudas históricas ajenas, nunca las propias, y señalan con gran autoridad quiénes son los culpables o inocentes. [...]. El pasado, a veces, hace mirar a otro lado para señalar con el dedo acusador a los enemigos de siempre, mientras el presente expone toda su crueldad sin despertar ningún sentido de responsabilidad».[6] Es por ello que este libro no se limita a compilar relatos historiográficos anteriores ni a reproducir una cronología convencional de los sucesos del siglo XVI; por el contrario, ofrece al lector argumentos sólidos que lo invitan a cuestionar sus propias concepciones de la historia, para que sea él mismo quien formule sus propios juicios de valor. En ese sentido, puede afirmarse que la postura asumida revela el lado de los hechos que elegimos perpetuar: el legado de las civilizaciones indígenas o la herencia del proyecto colonial hispánico.

Por su parte, los capítulos siguientes «La sociedad conquistadora» y «Colón, las islas y tierra firme» sitúan al lector en el marco enunciativo del conquistador y su origen. Langebaek hace una necesaria caracterización de la España del siglo XV como «una sociedad en transición entre la falsa modestia del señor feudal y la inoportuna opulencia del burgués nuevo rico».[7] Aunque esto, si bien resulta sugerente, conduce al riesgo de reducir una compleja estructura política, religiosa y cultural a una lectura centrada en la vanidad y la estratificación social. A su vez, en estos capítulos, el autor acierta al destacar el desarrollo de la navegación y la urgencia por abrir nuevas rutas

[2] Langebaek 13.

[3] Langebaek 14.

[4] Langebaek 14.

[5] Langebaek 20.

[6] Langebaek 27.

[7] Langebaek 42.

comerciales como motores de la expansión, pero su interpretación de Colón como síntesis de la mentalidad de la época[8] merece ser problematizada. Por su parte, los intereses de este hombre eran evidentes, al igual que los de los otros conquistadores: hacerse rico y volver a casa. Es por ello por lo que debía tomar decisiones bien calculadas; sin embargo, su plan se vio frustrado por el desvío que lo alejó de las tierras orientales. Aunado a ello, mantener el apoyo de los Reyes Católicos resultaba imperativo si quería continuar con su expedición, para ello lograba captar su atención mediante estrategias ingeniosas que, en el fondo, no ocultaban más que infamias, lealtades dudosas e insurrección.[9]

«Se desata la furia» y «Las huestes conquistadoras» son los nombres de los capítulos contiguos. Ellos comprenden la descripción detallada que Langebaek hace al lector sobre varias exploraciones en el litoral del norte suramericano. El autor describe cómo fue para los conquistadores llegar al Darién, donde pese al fracaso, lograron marcar el inicio de lo que continuaría durante años, previo al establecimiento de las ciudades que permanecerían tiempo después. En ese mismo orden de ideas, el texto describe lo que fue el paso y establecimiento en Cartagena, a cargo de Pedro de Heredia, quien, declaró la guerra vilmente a los indios que se resistían. Así sucesivamente, Langebaek continúa dando detalles de cómo fue la conquista de los diferentes territorios e ilustra el concepto y organización de las huestes sobre las cuales recaía la labor de conquistar, lo que se resumía en «obtener riquezas, de una forma o de otra».[10]

Lo anterior introduce al lector en los capítulos siguientes «Las muchas caras de la conquista», «El lado español» y «El lado indígena» donde el autor se dedica a hablar de los actores de la Conquista desde una óptica un tanto disonante con la narrativa conocida. En estas líneas se muestran a unos indios del siglo XVI para los cuales este suceso no fue traumático, sino que, por el contrario, mostraron cooperación ante la alianza con los españoles a ir en contra de sus enemigos y continuar la labor que sus ancestros, los Incas, iniciaron con el objeto de implantar la fe en un único dios verdadero.[11] Por su parte, se revela que no todos los tripulantes europeos participaron en las huestes. Al respecto, Langebaek refiere que «la tripulación era diversa y de hecho se decía que los maestres eran verdaderos "alquimistas de nacionalidades, que, en vez de trocar las piedras en oro, eran capaces de convertir al foráneo en aborigen"».[12] Sin embargo, esta lectura exige ser matizada, pues vislumbrar en la Conquista «alianzas funcionales» corre el riesgo de diluir las asimetrías de poder, las violencias estructurales y las imposiciones religiosas que definieron el orden colonial.

Por otro lado, la empresa conquistadora, movida por la promesa de

[8] Langebaek 43.

[9] Langebaek 49.

[10] Langebaek 93.

[11] Langebaek 195.

[12] Langebaek 128, citando a Pérez-Mallanía (2021:111).

riquezas, enfrentaba el conflicto de materializar la explotación de recursos como perlas, oro o esmeraldas y esto, a decir verdad, es imposible describirlo sin pensar en trabajo forzado. Langebaek aborda esta cuestión en el capítulo titulado «Nada era posible sin esclavos», donde señala que Colón, inicialmente, no concebía el Nuevo Mundo como una fuente de mano de obra para este tipo de trabajos.[13] Sin embargo, la historia revela que la esclavitud se instauró precisamente como mecanismo central de explotación, con consecuencias devastadoras para las poblaciones indígenas y africanas, quienes sucumbieron ante la infamia española. Es tanto que, para lograr su cometido, Colón estuvo dispuesto a alcanzar la máxima brutalidad «como, por ejemplo, exigir que cada indígena mayor de edad debía darle cierta cantidad de oro cada tres meses y que en caso de que no cumpliera con ello se le cortara una mano hasta que se desangrara».[14]

Ahora bien, el lector se preguntará ¿qué pasa al final? En los capítulos denominados «El negocio de la plata y el oro: ¿España se volvió rica?» y «La plata se quedó en China» Langebaek cuenta el desenlace de los tan preciados recursos. «Los metales tuvieron una historia diferente con respecto a las perlas y a las esmeraldas porque no solo sirvieron para que algunas pocas personas lucieran espléndidamente, sino que cambiaron la economía mundial y propiciaron profundas transformaciones en las sociedades a lado y lado del Pacífico y el Atlántico»[15] alude el autor. Pero ¿cuál es el papel de China en todo esto? Es importante tener en cuenta que, en el siglo XVI, esta nación ocupaba un lugar central en el panorama global, no Europa. Esto permitió que, como resultado de la conquista del Nuevo Mundo, Asia, Europa, África y América se integraran en un sistema mundial interconectado.[16] Tales conexiones beneficiaron a México, por ejemplo, al recibir los primeros galeones españoles con productos chinos y todo a cambio de plata, que era la única carencia de China para ese momento.

Finalmente, Langebaek concluye con los apartados «Las razones de la conquista» y «La causa más poderosa: ambición, deudas y lucro», en los que retoma la pregunta que articula el sentido del libro: «¿cuáles fueron las condiciones que favorecieron [para] que los españoles lograran conquistar estas tierras?».[17] La respuesta se construye a partir del análisis de los pueblos del Nuevo Mundo, quienes (según el autor) «no tenían la idea del lucro, no conocían la acumulación de riquezas como medida de valor de las personas.».[18] Este contraste no puede desligarse de la sociedad superficial, ambiciosa y despilfarradora que terminó imponiéndose. No obstante, Langebaek advierte que este fenómeno no debe leerse únicamente desde una perspectiva económica, sino como el inicio de un proceso más largo y doloroso: «la imposición de una vida civilizada basada en la idea de que los "unos" y los "otros"

[13] Langebaek 321.

[14] Langebaek 327.

[15] Langebaek 339.

[16] Langebaek 349.

[17] Langebaek 353.

[18] Langebaek 375.

son, y serán siempre, categorías en las que no caben ni las dudas ni el desorden».[19] Esta afirmación, cargada de resonancias contemporáneas, interpela no solo el pasado colonial, sino también las formas actuales de exclusión que perpetúan aquella lógica civilizatoria.

Desde una perspectiva formativa, el libro reseñado posee amplitud bibliográfica y un lenguaje claro que permiten que el texto dialogue con públicos diversos, sin perder rigor. En ese sentido, *Conquistadores e indios* puede ser un punto de partida para investigaciones que articulen historia política, religiosa y cultural. Su capacidad para interpelar narrativas establecidas y problematizar el legado colonial lo convierte en un insumo valioso para quienes se inician en el estudio de la historia. Sin embargo, un tema que habría sido necesario mencionar, dado que permite comprender con mayor profundidad la configuración de los mundos ibéricos en América, es el de la cristianización e hispanización de los pueblos originarios y africanos. Estos procesos no solo acompañaron la conquista, sino que la consolidaron simbólicamente al transformar territorios, lenguas y creencias. La omisión de este eje impide dimensionar cómo la fe, el idioma y las instituciones religiosas operaron como herramientas de control y como dispositivos en el orden colonial. No obstante, la forma de releer el pasado propuesta en este libro enriquece el debate historiográfico e invita a seguir pensando la Conquista no como un episodio cerrado, sino como un proceso de disputa.

En definitiva, *Conquistadores e indios* es una buena propuesta para abordar la historia desde perspectivas menos dicotómicas y permite reconocer los matices, tensiones y ambigüedades que atravesaron el proceso conquistador. El texto logra articular una mirada que desafía las narrativas tradicionales y convoca al lector a revisar sus certezas, especialmente en el mundo contemporáneo marcado por la complejidad y la polarización. Así pues, revisitar los orígenes permite inquirir en las raíces de estructuras que aún configuran el presente. Leer este libro es también, en ese sentido, asumir una postura frente a los procesos que nos constituyen: reconocer que la violencia fundacional no ha cesado, sino que se ha transformado. En consecuencia, lejos de ser una crónica del siglo XVI, este texto funciona como una herramienta para comprender el principio de nuestras desigualdades y para imaginar, desde la historia, formas más justas de habitar el mundo.

[19] Langebaek 386.